Capítulo 9

Movimientos sociales. Enfoques sociológicos.

Damián Brumer y Natalia Burunov.

Un acercamiento posible a su identidad.

El aporte político e identitario de los movimientos sociales, contiene una densidad teórica y práctica de múltiples dimensiones para comprender realidades, conflictos, luchas y experiencias organizativas de los pueblos, fundamentales si se pretende un abordaje integral de la sociología, desde una perspectiva crítica y dialéctica.

Son múltiples los debates que atraviesan a estos movimientos, entre ellos los referidos al rol que ocupan en la lucha de clases, la interacción entre distintos sectores y actores con reivindicaciones diversas, la vinculación que establecen con el Estado y los partidos políticos, entre otros. Estos debates, revelan una doble dimensión en la que se construyen y desarrollan, por un lado, la formulación de sus demandas y reclamos hacia afuera, y por el otro, la construcción hacia adentro de espacios autónomos y alternativos.

La raíz de los debates radica en la interpretación sobre los cambios producidos en las últimas décadas en la forma de acumulación capitalista, en la pérdida de protagonismo de organizaciones políticas tradicionales, y en la llamada crisis de representación de las estructuras de gobierno.

Siguiendo a Norma Michi en su libro “Movimientos campesinos y educación”, para entender de qué hablamos cuando hablamos de movimientos sociales, debemos partir de analizar -en un primer momento-, que las formaciones de clase, es decir, las formas organizativas que se dan las clases subalternas, son cambiantes según el momento histórico y las maneras en que articulan lo estructural, lo político, lo ideológico, lo cultural y lo organizativo. Los movimientos sociales constituyen una de estas formas organizativas, en el marco de los cuales **confluyen sujetos que enfrentan la explotación económica**, **y también aquellos y aquellas que enfrentan la dominación política o ideológica** que, en América Latina, se expresan mayoritaria aunque no exclusivamente, en términos de **pobreza**. En este sentido entiende Carlos Vilas el **carácter “popular” de los movimientos sociales**, concepto que por incluir la dimensión político-ideológica, además de la económica, puede contener a sectores medios de la sociedad en la medida en que se autoidentifiquen como dominados y, como tales, se opongan a los dominantes.

De esta manera nos acercamos a algunos de los aspectos que caracterizan y constituyen al vasto universo de los movimientos sociales, donde si bien no puede hablarse de identidades definitivas y estancas, estamos insertos en el campo de “lo popular”. Y en ese espectro, lo que sí puede definirse como un rasgo permanente en el “sujeto popular” es su situación de opresión -generalmente en el marco de la pobreza-. No es novedoso, por tanto, que en la configuración de clase de los movimientos sociales se articulen **temáticas diversas** (laborales, étnicas, de género,

ambientales), y **actores de distintas fracciones de clases**. Por lo que, si bien el desarrollo de los movimientos populares no se manifiesta siempre como oposición entre capital y trabajo, sus perspectivas y realidades no se desvinculan de la lucha de clases.

Continuando la búsqueda de elementos característicos, el sociólogo Alain Touraine destaca que la naturaleza de los movimientos sociales se caracteriza por la necesaria vinculación entre tres principios: a) el de **identidad**, que supone la definición consciente de sí, construida en el devenir de la confrontación; b) el de **oposición**, a un adversario que también se conforma en el combate sobre las "orientaciones generales de la vida social", y c) el de **totalidad**, referido al sistema de acción histórico sobre el que se disputa el dominio, sea global o parcial. Dentro de un movimiento social, un elemento remite necesariamente a otro y su más alto nivel de desarrollo se corresponde con la integración de los tres. Touraine pone así de relieve que la lucha no es solo contra la explotación y la dominación, lo que también es destacado por Vilas, sino que incluye una afirmación sobre cómo debiera ser la totalidad histórica, lo que nos coloca frente a la noción de **proyecto**.

En relación a ese proyecto, los movimientos sociales también se construyen en otra dimensión, la que se desarrolla dentro de la propia organización o formación de clase. En ella cobra relevancia la intensión por la **emancipación** (en palabras del educador Paulo Freire) o **prefiguración** (en la formulación del escritor y ensayista Miguel Mazzeo) de la sociedad a la que aspiran.

Sin embargo, tal como sostiene Boaventura De Souza Santos, reconocer la relevancia de esta dimensión en los movimientos sociales, no conduce a adherir a quienes propugnan que los movimientos sociales deben actuar exclusivamente en el campo de la subjetividad abandonando toda disputa que se vincule con el Estado. Sobre esto último volveremos más adelante.

A esta altura podemos ensayar algunos conceptos generales sobre los movimientos sociales, teniendo igualmente presente que se trata de un fenómeno que se modifica según el contexto histórico en el que se origina e inserta. Así, José Seoane, Emilio Taddei y Clara Algranti conceptualizan a los movimientos sociales como una *"... construcción socio-histórica colectiva en la que participan sectores y grupos que experimentan la explotación, la desposeción, la opresión y la dominación y donde la dimensión de clase cuenta como una de sus determinaciones principales aunque no la única."*.

Siguiendo a Seoane, Taddei y Algranati, todos los movimientos sociales tienen en sus raíces un conflicto social que los constituye en espacios de acción colectiva, y comparten *"... la dinámica de un grupo social que formula ciertas reivindicaciones propias y significativas socialmente; guarda ciertos marcos de solidaridad, relaciones o identidad común; cuenta con ciertas redes o marcos organizacionales; y plantea ciertos cuestionamientos o conflictos respecto del marco societal donde actúa."*. Es decir, son espacios a partir de los cuales sus componentes impulsan acciones colectivas, articulan con diversos sectores, promueven y desarrollan luchas reivindicativas, y se autoorganizan para desarrollar espacios propios de construcción. En otras palabras, constituyen expresiones que configuran canales de participación donde se generan prácticas culturales y políticas transformadoras.

Tal como lo adelantamos, es importante remarcar que los movimientos sociales son espacios en permanente construcción, por lo que lejos están de ser estáticos o carecer de contradicciones

internas que van manifestándose en el camino. En ese tránsito, generan prácticas transformadoras sobre la realidad en la que actúan, y dialécticamente, esa realidad va forjando procesos de cambios que influyen en el desarrollo interno de los movimientos sociales.

Neoliberalismo y movimientos sociales en América Latina.

Como ya lo dejamos expresado, no es posible comprender el origen y desarrollo de los movimientos sociales si no es a través del contexto histórico y el conflicto social que los determina y marca a fuego. Nos adentramos entonces en el fenómeno de los movimientos populares surgidos en América Latina en las últimas décadas, con el neoliberalismo como escenario social, económico, político y cultural.

La década del ‘70 en América Latina estuvo marcada por la imposición de dictaduras genocidas que, mediante la persecución, represión, tortura y desaparición forzada de personas, lograron derrotar las experiencias revolucionarias en curso, aniquilando organizaciones políticas y militantes populares, e instalando el escenario de terror preciso para la implementación de políticas neoliberales.

Estas dictaduras, lejos de llevarse adelante de manera aislada en cada uno de los Estados, fueron una ofensiva sistemática desplegada en la región, tendiente a recuperar el poderío imperial de Estados Unidos sobre América Latina, en un contexto internacional de auge de las luchas sociales que pusieron en jaque regímenes políticos y sistemas de dominación en diferentes puntos del globo, durante las décadas del ‘60 y del ‘70. De esta manera, se generaron las condiciones para la implementación y desarrollo de un plan neoliberal, que incluyó no solo la liberalización de las economías y la pérdida de la soberanía nacional de cada Estado, sino también un fuerte disciplinamiento social sobre el pueblo.

La persecución se llevo a cabo construyendo ideológicamente un enemigo interno: “la subversión”, y la batalla contra ella dejó como saldo la desarticulación de las iniciativas políticas y organizativas de grandes sectores de la sociedad, afectando especialmente al movimiento obrero y a su acumulado organizativo.

En ese contexto, comienza una etapa de enorme extranjerización de las economías, con la consecuente pérdida de las soberanías nacionales y un deterioro profundo en la calidad de vida de amplios sectores de la sociedad. Estas transformaciones en la estructura social comenzaron a hacerse visibles en una década del ’80 que culminó con fuertes episodios hiperinflacionarios, y abrió la puerta a la implementación de las reformas neoliberales de los años ’90 que vinieron de la mano del achicamiento del Estado, limitando su intervención a un simple espectador de la libre regulación del mercado. En consecuencia, se privatizaron empresas y servicios públicos, se desmantelaron las industrias nacionales, se estatizó y engrosó de manera abismal la llamada “deuda externa”, se produjo una liberalización cambiaria que favoreció las importaciones, se sancionaron leyes de flexibilización laboral y se reforzó el sistema represivo, apuntando a criminalizar la pobreza y contener la conflictividad social en puerta. Aquellas medidas salpicaron duramente en las condiciones de vida de la clase trabajadora y el pueblo, agudizándose como nunca antes los niveles de pobreza y marginalidad en toda la región.

Sin embargo, la resistencia popular -huérfana de elaboraciones teóricas y experiencias de lucha acumuladas en los ’70- no tardó en hacerse oír, y lejos de adoptar una actitud pasiva irrumpió en el escenario político contribuyendo a generar las condiciones para una crisis social que adoptaría diferentes formas en cada Estado.

Comienza así un ciclo de rebeliones populares y levantamientos contra el modelo neoliberal y sus consecuencias, adoptándose reivindicaciones de las más diversas: por el acceso a la tierra, por la demanda de trabajo ante los altísimos índices de desempleo, contra el avasallamiento de los pueblos originarios, contra el extractivismo de los recursos naturales, entre otros.

Estos espacios de acción colectiva lograron articular sus reivindicaciones con la matriz del problema, denunciando las consecuencias del neoliberalismo -y en muchos casos también del capitalismo-, y remarcando la necesidad de construir una alternativa política, económica y social al sistema imperante.

Levantamientos populares como el “Caracazo” en Venezuela (1989), la Guerra del agua en Bolivia (1999), la irrupción del Movimiento Zapatista en México (1994), y el surgimiento del movimiento piquetero en Argentina (1995) con su epicentro en el estallido social del año 2001, fueron generando la confluencia de diferentes sujetos y reclamos sectoriales. Así, el campesinado, las comunidades indígenas, los trabajadores desocupados, los estudiantes, las mujeres, la juventud y otros actores diversos, emergen en la conflictividad social e irrumpen en el escenario político de los países latinoamericanos, combinándose y articulándose en torno a reivindicaciones sociales y políticas de cambio en las condiciones de vida existentes, con un horizonte de transformación del régimen social imperante.

De esta manera, se abre una nueva etapa en la región donde los movimientos sociales toman protagonismo, iniciándose procesos de debates y acciones colectivas encaminadas a la construcción de nuevas condiciones favorables a la clase trabajadora y al pueblo, en la perspectiva de contribuir a la crisis del consenso neoliberal.

Al referirnos a la crisis del consenso neoliberal, observamos que no se trata solo del aspecto vinculado a la explotación económica, sino además a la dimensión de dominación político-ideológica, y por lo tanto, al cuestionamiento de otros aspectos que sostienen aquel consenso, como la democracia liberal burguesa y los límites de la representación política en la toma de decisiones que afectan al conjunto de la sociedad, o el sentido común marcado por el individualismo, la competencia y el desinterés por las problemáticas sociales, entre otros.

Si bien los movimientos sociales nacidos al calor de las luchas de los años ’90, se caracterizaron por una acción defensiva y un marcado discurso anti-neoliberal, han revelado ser algo más que una respuesta meramente defensiva, desarrollando una dimensión proactiva y abriendo la posibilidad de pensar nuevas alternativas emancipatorias.

Esta nueva etapa de debates iniciados, llegó también de la mano de discusiones álgidas que atravesaron y aún en la actualidad atraviesan a los movimientos sociales. Entre ellos, aquel vinculado a la permanente tensión en su relación con el sistema institucional del Estado. Desde una perspectiva marxista, no hay duda sobre el carácter de clase del Estado, y por lo tanto su rol de garante de las

relaciones sociales reproductoras de las lógicas del régimen burgués y capitalista. Así, y en base a las dimensiones descriptas, los movimientos sociales no solo se constituyen por fuera de sus órbitas de dominación, sino además enfrentados a él en clave de transformación política y social. Dicho esto, la distancia de los movimientos populares con las instituciones estatales parecen *-a priori-* abismales. Sin embargo, el reclamo hacia el Estado de soluciones a las demandas populares -incluso a través de vías administrativas o judiciales- se constituyó en una necesidad ineludible, por lo que debieron ensayarse vínculos con las instituciones que en ocasiones devinieron en conquistas, algunas de ellas más chicas -si se las compara con el grado de desarrollo y logros acumulados por las organizaciones sociales y políticas de los años '70- y otras más significativas para la mejora de las condiciones de vida del pueblo. Incluso, muchos de los procesos iniciados por los movimientos sociales lograron instalar la necesidad de generar reformas legislativas y constitucionales que retomaran algunos de sus reclamos. Fue así como, por ejemplo, algunas constituciones latinoamericanas -Bolivia, Ecuador y Venezuela- incluyeron en sus textos algunos puntos vinculados a la democratización del acceso a la tierra y la explotación de los recursos naturales de forma sustentable y en armonía con el medio ambiente, una mayor demanda de intervención del Estado como defensor de la soberanía nacional frente al capital transnacional y la necesidad de descentralizar las decisiones políticas propiciando la participación popular, el reconocimiento a la pluralidad cultural y étnica, entre otros.

En ese marco, en "El Derecho y el Estado. Procesos políticos y constituyentes en Nuestra América", José Orler advierte en su capítulo "Movimiento Sociales y Derecho. Entre el fetichismo jurídico y la acción política", que *"…No debe soslayarse que los reclamos judiciales incoados por los movimientos sociales en sus luchas por los derechos, por virtud de cierto fetichismo jurídico más o menos generalizado y del poder de ocultamiento y naturalización que el Derecho detenta, fácilmente se convierten en lecho de Procusto para esos reclamos, corriendo el conflicto desde la calle −donde la incidencia política asume impacto superlativo− hacia el interior de los tribunales, licuando esa incidencia entre las reglas de juego del formalismo procesal y la lógica institucional jurídica.".* De todas maneras, pese a aquel "peligro" al que se refiere Oler, De Souza Santos remarca la necesidad de que los movimientos sociales *"no abandonen la lucha en el campo de la política en nombre de la llamada sociedad civil"*.

Más allá del debate acerca del encauce de las necesidades y reclamos por vía del Estado y las consecuencias que de ello se derivan, la perspectiva emancipatoria condujo predominantemente a los movimientos sociales a avanzar sobre nuevas estructuras organizativas y sobre estilos de acción política no institucionales. En términos de De Souza Santos, estas prácticas conducen a *"fundar una nueva cultura política y, en última instancia, una nueva calidad de vida personal y colectiva basada en la autonomía y en el autogobierno, en la descentralización y en la democracia participativa, en el cooperativismo y en la producción socialmente útil"*. El impulso de nuevas formas de hacer política, no ha conducido al aislamiento de los movimientos populares de la política dentro de la totalidad social, pero sí se evidencia el distanciamiento respecto de las instituciones estatales y de los partidos políticos como estructuras tradicionales.

Elementos comunes de los movimientos sociales latinoamericanos.

Hicimos referencia más arriba a los aspectos característicos de los movimientos sociales y nos acercamos a algunas posibles conceptualizaciones. A continuación, y habiendo hecho ya un recorrido sobre el contexto latinoamericano y neoliberal, resulta sustancial incluir algunos elementos o rasgos comunes de la conformación de los movimientos sociales en América Latina.

Tomando el esquema propuesto por Maristella Svampa, podemos referirnos en primer lugar a la dimensión territorial de los movimientos populares. El denominado **"anclaje territorial"** implica la resignificación del lugar donde estos movimientos se desarrollan, constituye -por un lado- el espacio de resistencia a la materialización de las políticas neoliberales rechazadas, y -por el otro-, el espacio donde se ensayan y desarrollan relaciones sociales de nuevo tipo. Los movimientos sociales latinoamericanos se constituyen entonces como movimientos territoriales, reuniendo en un solo haz comunidad, territorio y cultura.

Otro elemento característico es la **"acción directa"** como herramienta de lucha. El descreimiento en las instituciones estatales como posibles intermediarias o como agentes de resolución de las demandas populares se hace cada vez más palmario entre los movimientos sociales. De esta manera se impulsan medidas de lucha que se caracterizan por ser innovadoras y disruptivas, como lo fueron los cortes de ruta realizados por los movimientos de trabajadores desocupados en Argentina durante los años '90. La acción directa no institucional aparece como la única herramienta eficaz de los sectores marginados, en un contexto de gran asimetría de poder y desigualdad social.

Por otra parte, la **democracia directa** y la emergencia de **nuevas estructuras de participación** es otro de los rasgos cualitativos de los movimientos populares. Frente al límite marcado por la democracia burguesa, de carácter delegativa y decisionista, la acción colectiva no institucional comienza a cuestionarse los mecanismos de participación en la toma decisiones, buscando ampliar la intervención de cada vez más actores a través de espacios asamblearios, creando estructuras flexibles, no jerárquicas, proclives al horizontalismo y la profundización de la democracia.

Una cuarta dimensión de los movimientos sociales es la demanda de **"autonomía"**, no solo como un eje organizativo sino también como un planteo estratégico de construcción política, que remite tanto a la autogestión y autoorganización de los movimientos populares, como al desafío de pensar la creación de una sociedad alternativa desde una perspectiva contrahegemónica.

Se puede decir que el enlace entre identidad territorial, acción directa, modelos de participación asamblearia y demanda de autonomía, han ido configurando un nuevo conjunto de orientaciones políticas e ideológicas que se expresa a través perfiles de militancia diversos.

Por su parte, otro rasgo característico se configura con las **instancias de articulación** de diferentes experiencias organizativas en el plano **internacional**. Estas acciones se encuentran principalmente dirigidas a desarrollar acciones conjuntas contra el neoliberalismo globalizado o contra el capitalismo en tanto sistema. Surgen foros y coordinadoras, como también actores sociales que asumen vínculos regionales o internacionales, dando lugar a pensar una reconfiguración del internacionalismo.

Por último, pero no menos importante, no podemos dejar de remarcar la **dimensión política** de los movimientos sociales, que han desarrollado un ciclo de luchas que generaron fuertes cuestionamientos al modelo neoliberal, disputando la matriz cultural e ideológica instalada de la "apoliticidad", que significaba desterrar la posibilidad de que la política fuera una herramienta de cambio o transformación social. Retomando una vez más a Seoane, Taddei y Algranati, los movimientos sociales expresan la *"política como praxis colectiva de transformación de lo existente (que) supuso el cuestionamiento a su confinamiento como actividad específica y monopólica del Estado..."*. Esto se ve reflejado en las disputas, no solo en el ámbito de la gestión comunitaria en tensión con la intervención de la política estatal, sino también en las demandas y reclamos de políticas públicas efectuadas a los distintos gobiernos, convirtiéndose así la política en una herramienta para la democratización y transformación de las relaciones sociales.

La experiencia del movimiento "piquetero" en Argentina.

El movimiento de trabajadores desocupados de Argentina (MTD), se conforma a partir de diferentes tradiciones organizativas y corrientes políticas, que irrumpen a mediados de los ´90 desarrollando cortes de rutas y puebladas en distintas regiones del país. Estos levantamientos populares surgen como respuesta a las privatizaciones y a las consecuencias de las políticas neoliberales que ocasionaron un colapso estructural en materia de empleo.

Las rebeliones populares comenzaron a principios de la década del ´90. Sin embargo, puede situarse el inicio del movimiento piquetero en los cortes realizados en las localidades petroleras de Cutral Có y Plaza Huincul en la Provincia de Neuquén -1996 y 1997-, y General Mosconi y Tartagal en la Provincia de Salta -1997-. En estos cortes confluían variados sectores de la comunidad que vieron afectadas sus condiciones de vida por la crisis de las economías regionales, a partir de las privatizaciones de las empresas públicas.

En el mismo período, surgen en el "Conurbano Bonaerense" y en grandes ciudades del país levantamientos que también adoptan como método de lucha el corte de ruta. Sin embrago, éstos derivan de un proceso de deterioro de las condiciones de vida de los sectores populares acontecido en décadas precedentes, que motivó tomas de tierras y la construcción de asentamientos otorgándole otros significados al territorio, configurándolo en el espacio de acción y organización de la vida cotidiana.

La confluencia de estas dos experiencias, por un lado las puebladas del interior del país, y por el otro la experiencia organizativa y territorial de las grandes ciudades, dio lugar a la conformación del movimiento piquetero.

Al analizar esa experiencia, Maristella Svampa remarca la existencia de tres grandes dimensiones que determinan la heterogeneidad social, generacional y de género de sus bases sociales.

En primer lugar, la **conformación social** abarcó sectores considerados "pobres estructurales", trabajadores y trabajadoras industriales que contaban -poco tiempo atrás- con empleos estables, y sectores medios que perdieron poder adquisitivo durante el neoliberalismo. En segundo lugar, la **cuestión generacional** estuvo determinada por la presencia de jóvenes que constituyó un

gran sector en la integración de las organizaciones, y son quienes se vieron expuestos a una doble criminalización -de la protesta y de la juventud- en los barrios populares. Por último, la **dimensión de género** fue un punto saliente, puesto que la composición de los movimientos fue mayoritariamente de mujeres, que asumieron diferentes tareas y roles dentro de las organizaciones y en el trabajo territorial.

Las diferentes dimensiones de estas experiencias cuentan con un elemento que las unifica: la construcción de la "identidad piquetera". Siguiendo a Svampa, "…*históricamente esa narración vincula tres términos fundamentales: en primer lugar, ya lo hemos dicho, un nombre piqueteros que es el agente principal de las acciones que la historia narra; en segundo lugar, y diremos que como eje central, se encuentran precisamente esas acciones que son los cortes de ruta los piquetes y en tercer lugar la historia se complementa con los motivos y las consecuencias de esas acciones, lo que remite centralmente tanto al vínculo entre modelo económico y crisis, cuanto a la demanda de trabajo, la recepción y administración de planes asistenciales.".*

El movimiento piquetero llevó adelante jornadas de lucha y cortes de ruta que intensificaron la conflictividad social, dejando expuesta la ruptura del consenso neoliberal en Argentina. En ese sentido, la rebelión de diciembre del año 2001 que provocó la destitución del entonces presidente Fernando De la Rúa y la muerte de más de treinta personas a manos de la represión policial, marcan como hito en el país la aguda crisis institucional enmarcada en la consigna "que se vayan todos". Las movilizaciones se incrementan en el año siguiente, con grandes cortes que bloquearon el acceso a las ciudades y una fuerte represión policial, como alternativa para sostener la gobernabilidad en un contexto de masificación de la protesta social. En el año 2002, el puente Pueyrredón, en la localidad de Avellaneda, es escenario de una enorme movilización piquetera donde resultan asesinados por efectivos policiales dos militantes populares, Maximiliano Kosteki y Darío Santillán. A partir de allí se produce un punto de inflexión en el contexto del país, convocándose anticipadamente a elecciones presidenciales para el año siguiente. El triunfo electoral de Néstor Kirchner dio lugar al inicio de un nuevo período en el país, que encuentra a los movimientos sociales con nuevos debates y desafíos, acorde a las nuevas coyunturas.

Algunas ideas finales.

El aporte político e identitario de la experiencia de los movimientos sociales en el enfoque de nuestra materia, refleja el caudal de un fenómeno con múltiples aristas para analizar sociológica y políticamente.

El estudio de la conceptualización, las características y el surgimiento de los movimientos populares latinoamericanos nos permite dar cuenta de un fenómeno en permanente transformación. Por tanto, lejos de pretender zanjar un debate, éste cobra una actualidad manifiesta. Evidencia de ello son los innumerables aportes que realizan académicos y especialistas en el tema, que retoman el eje al ritmo de las modificaciones presentes en el desarrollo de la experiencia de los movimientos sociales y el contexto en que se desenvuelven.

Quedó reflejado cómo las consecuencias del sistema capitalista, las dictaduras genocidas, el modelo neoliberal y la cuestionada democracia representativa, abrieron canales de resistencia

popular, desarrollándose formas organizativas diversas entre los sectores explotados y oprimidos. Los movimientos populares emergen allí como modelos novedosos de organización de la clase trabajadora y del pueblo pobre, articulando -por un lado- una fuerte crítica al neoliberalismo y la democracia liberal, y -por el otro- proyectando la construcción de alternativas reales con un horizonte de cambio social.

Los mecanismos autogestivos, el trabajo colectivo y solidario, la democracia de base, la acción directa como herramienta de lucha, y la inserción territorial, se constituyeron como elementos distintivos de una nueva etapa en la tradición de lucha latinoamericana, que debió buscar formas novedosas y creativas frente al aniquilamiento desplegado por el imperialismo estadounidense durante los años ’70.

El abordaje de este tema nos permite entonces, tener un primer acercamiento con las realidades sociales y experiencias políticas surgidas en Latinoamérica durante las últimas décadas, y de esta manera también nos abre camino para analizar las diferentes formas que toma la exigibilidad del cumplimiento de derechos fundamentales vulnerados.

El desarrollo de estas experiencias, nos propone el desafío de repensar nuestras herramientas de análisis, y nos interpela a llevar adelante una permanente evaluación crítica de nuestra formación, y una revisión constante de nuestra actuación profesional.

Bibliografía.

-De Sousa Santos, Boaventura (2001). *“Los nuevos movimientos sociales”*, en Revista OSAL nº 5, CLACSO, Buenos Aires, septiembre, pp. 177-183.

-Michi N. (2010) *“Movimientos campesinos y educación”* 1 ed. El Colectivo.

-Seoane J., Taddei E. y ALgranati C. (2011) *“El concepto ´movimiento social´ a la luz de los debates y la experiencia latinoamericana reciente”* en *Controversias y concurrencias latinoamericanas* n° 4 año 3. Asociación Latinoamericana de Sociología. Pp 169-197.

-Orler, José (2016) capítulo *“Movimiento Sociales y Derecho. Entre el fetichismo jurídico y la acción política”* en *“El Derecho y el Estado. Procesos políticos y constituyentes en Nuestra América”* (compiladores Beatriz Rajland y Mauro Benente).

-Svampa M. y Pereyra S. (2004) *“Las dimensiones de la experiencia piquetera: tensiones y marcos comunes en la organización y movilización de desocupados en Argentina”* en *Trayectorias* n° 16, Revista de Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Nuevo León.

-Svampa M. (2007) *“Movimientos sociales y escenario político: Las nuevas inflexiones del paradigma neoliberal en América Latina”* en Observatorio Social de América Latina- CLACSO.